

La foto que acabó en la basura

Antonio Martínez Conesa

Ya le hubiera gustado a más de un sabueso de primera línea haber siquiera olisqueado un caso parecido al que fue el número siete de mi entonces escuálido historial. Y, por supuesto, contarlo con pelos y señales como yo ahora me dispongo a hacer y casi de milagro, que a punto estuve de acabar incinerado, literalmente hablando.

Lo recuerdo como en una película de Humphrey Bogart en el papel de Marlowe, pero conmigo como protagonista. También en color, que todo hay que decirlo. Aquel principio de noche, yo me encontraba exactamente aquí, donde y como estoy ahora: frente a un vaso de segoviano de ocho años, sin hielo, colocado con precisión en el centro de una negra servilleta de papel perfectamente doblada, y esta, a su vez, sobre la superficie siempre reluciente de la barra del bar del que compartiré beneficios a partes iguales (cuando los haya) con Paco, mi socio desde el colegio. En el caso del BarBlackJazz, que así se llama nuestro peculiar antro, él lo regenta y yo lo superviso casi siempre desde este lado de la deslumbrante barra. Lo cierto es que nunca nos hemos reprochado nada. A Paco le gusta estar ahí, organizando el avituallamiento y sirviendo copas. Y yo, aparte de ejercer de detective privado (ejem), me ocupo de buscar músicos de jazz que quieran lucirse de vez en cuando sin pedir nada a cambio y de mantener viva mi pasión tras los cristales de la vitrina que, llena de novelas negras de todos los tiempos, cubre la pared que tengo a mi espalda.

Sí, fue sobre esta hora. Aproximadamente. Había quedado con un tal Borja Pimentel. Me dijo que llevaría traje gris y corbata a topos, y yo le especificqué que estaría sentado en mi rincón de siempre. El caso es que no hubo pérdida. Había contactado conmigo a través de mi oficina, o sea, de mi página web: www.detectivencinas.es. Hasta la fecha no he encontrado un local para trabajar con el que me identifique. Además, ¿no es más moderno eso de estar solo en la red? La cuestión es que, como dije al principio, este era el caso número siete de mi carrera como detective privado y teniendo en cuenta que, entonces, llevaba apenas tres años en el mercado y solo se me encontraba en Google, no estaba nada mal. Pero lo que sí estaba mal es que, de entrada, se trataba de más de lo mismo: un asunto de cuernos. Yo creo que hay que vivir y dejar vivir, pero hay muchos que no; que dependen tanto de lo que hagan los demás que se olvidan de su propia existencia. De los seis casos anteriores, cinco habían sido sobre lo dicho. Con el sexto, sin embargo, tuve que demostrar que un tullido era de verdad tullido. Apasionante.

Pero volvamos a aquel día o, mejor dicho, insisto, principio de noche. El cuarentón llegó con cara de pocos amigos, me hizo un gesto con la cabeza levantando el mentón hacia mí, asentí y se sentó en el taburete que tenía a mi lado. Sonaba la melosa e insinuante voz de Gabriela Anders haciendo su versión de *Satisfaction*. La luz cenital de la lámpara que colgaba sobre la barra iluminando mi copa proyectaba la sombra de las cejas sobre los ojos de mi recién llegado acompañante. Sus pupilas brillaban sobre una mancha oscura. Parecía tenso, cabreado más bien.

-¿Eres Encinas? –me preguntó a bocajarro- ¿El detective privado? –añadió. No se andaba por las ramas. Ni buenas tardes, ni buenas noches, ni un preámbulo de cortesía, ni...- ¿Qué tomas?

-Segoviano ocho –no me dio otra opción.

-¡Camarero, ponme un *Johnnie Walker*! –le ordenó a Paco alzando la voz.- ¡Etiqueta negra! –añadió.

-El señor Pimentel, supongo –dije, intentando tomar el control de la entrevista.

-Supones bien. Bien, no tengo mucho tiempo. Como acordamos, te traigo en este sobre lo que me pediste: una foto de ella y la dirección de su trabajo. Necesito que demuestres que me engaña, si es que me engaña, y con quién. ¿Entiendes?

-Entiendo –dije con el sobre ya en mis manos-, pero me vendría bien saber algo más: sus motivos para sospechar, si tiene usted algún indicio, desde cuándo cree que su mujer...

-¡Pero, bueno! ¿Qué clase de detective eres tú? ¿Tengo que hacer yo tu trabajo o qué? –me preguntó entre irritado y nervioso.

-Bueno, bueno. Tranquilícese. Lo habitual es que el cliente nos aporte algo más de información, pero si usted cree que con lo que hay aquí dentro –dije levantando el sobre con dos dedos- es suficiente pues no se hable más.

-¿Cuánto tiempo calculas?

-Si su mujer le engaña, calcule una semana. Es el tiempo habitual entre citas.

Se acercó tanto a mi cara que por fin pude ver sus ojos. Si llegan a ser misiles me atraviesan.

-Una semana –repitió.

Engulló su whisky de un trago y se largó sin decir adiós. Y sin pagar su consumición, obviamente.

-Vaya tipo –dijo Paco, de pasada, mientras retiraba la servilleta y el vaso vacío y frotaba con una bayeta el lugar donde habían estado-. Como su mujer le engañe la infla a hostias. Este es de esos. Mucho porte y prestancia de ejecutivo con posibles pero debe tener la mano más suelta que Chuck Norris. Lo que yo te diga.

Yo quiero mucho a mi amigo, pero una vez más me dejó jodido. Y lo peor es que casi siempre tiene razón. Supongo que es por la posición privilegiada que disfruta durante doce horas al día desde detrás de su barra. Un puesto de observación excepcional para estudiar a la especie humana en su estado más puro, o sea, con ese punto de desinhibición que nos aporta un par de copas.

-Como la pillas, va lista –remató Paco.

-Ya veremos –repliqué echándome un capote-. A lo mejor son solo imaginaciones de este personaje y todo se queda en un asunto de celos sin fundamento.

Abrí el sobre y saqué la foto de la esposa puesta en cuestión. Guapa, pensé. Lo que casi todos pensamos cuando se trata de una rubia de grandes ojos verdes, nariz respingona y labios a lo Kim Basinger.

A la mañana siguiente yo ya estaba haciendo mi trabajo que, en el noventa y tantos por ciento del tiempo, es como no hacer nada. O al menos eso es lo que piensa la mayoría de la gente. Por eso procuro no mencionar a lo que me dedico. Si alguien insiste le digo que, en el noventa y tantos por ciento del tiempo, a nada. Hasta a mí me suena a una verdad como un piano. Sobre todo cuando el tiempo no acompaña y tampoco hay un bar con cristaleras a la calle desde el que observar al objetivo, como era el caso aquella desapacible mañana. Siempre he imaginado que antes, cuando aparcar en Madrid era fácil, hará ya unos cien años, esto sería como en las películas americanas de cualquier género, en las que lo normal es encontrar siempre un hueco para el Cadillac, ya sea frente al jardín de la casa unifamiliar del sospechoso o en pleno centro de Manhattan. Que un techo siempre agrada. Pero para eso hay que tener un Cadillac y, en mi caso, de momento, ni siquiera un utilitario de segunda mano. Todo se andará, suelo decirme para animarme. Y ando, vaya que si ando.

Por suerte, aquella mañana de primavera, no hacía ni frío ni calor. Había cogido temprano el autobús y ya llevaba varias horas con el ojo puesto en el portal número 147, en La Castellana, de un edificio de oficinas, de ladrillo oscuro, con salida a una zona peatonal enmarcada por jardines con setos y algún que otro árbol. Me sentía algo ridículo allí sentado haciendo como que leía el periódico, jugaba con mi smartphone o fingía que recibía una llamada, como si fuese un ejecutivo más de los que por allí se movían, aunque en mi caso con el despacho en uno de los bancos más discretos de aquel espacio rodeado de edificios altos, impersonales y ya un poco avejentados. En un nivel inferior del área peatonal había un local abierto para poder tomar un café a aquellas horas, pero sin ventanas al exterior. Pub 61, ponía encima de la puerta de madera con cuarterones de cristales de colores. A través de ella, el flujo de hombres con traje y corbata y mujeres *ad hoc*, salvo alguno y alguna que vestían de forma informal, era incesante. Recuerdo que vi a varios repetir unas cuantas veces durante el tiempo que estuve allí, a la intemperie, con la foto de la rubia de ojos verdes y gruesos labios muy presente en mi cerebro y grapada en la primera página de deportes de mi periódico.

Cuando ves pasar las horas sin que pase nada de lo que quieres que pase, tu cerebro puede jugarte una mala pasada. Eso se va curando con los años y la experiencia. Pero, sin darte cuenta, puedes empezar a irte por las ramas y ponerte a hacer planes para cogerte unas vacaciones o decidir el tipo de pizza que te apetece para cenar o en cómo convencer a tu amiga de turno, cuando la tienes, para que no se quede a dormir la noche entera en tu casa, que te gusta amanecer solo en la cama, coño. Recuerdo que, entonces, yo aún era un poco novato en estas lides, no dominaba del todo mis pensamientos, pero era consciente de ello y me esforzaba por no bajar la guardia. Mi prestigio, todavía en construcción, no podía permitirse un despiste y no reconocer a la interfecta. Después de seis casos (en tres años) mi currículum estaba impoluto. Arrancando, pero impoluto.

Aquella mañana de vigilancia no lo hice, pero ahora, con la distancia que inexorablemente pone el tiempo de por medio, sí me gusta recordarlo. Desde muy pequeño me sentí atraído por las películas de detectives. Concretamente desde que vi “Basil, el ratón superdetective”. Algo me decía que eso de investigar, deducir y desenredar madejas iba conmigo. Y se me daba bien. Me aficioné a la lectura de novelas del género negro y no he dejado de recrearme en ellas. Hasta juego con ellas. Intento adelantarme al autor y, casi siempre, adivino quién es el asesino o asesina (que también

hay muchas) antes de terminar la lectura. Tengo el récord en la página 26 de una de las últimas novelas del difunto y magistral Mankell, y no digo cuál. Ninguno de mis hermanos, primos, amigos, amigas, padres, y abuelos me ha ganado nunca al Cluedo. Al ajedrez sigo siendo un manta, pero al Cluedo no hay quien pueda conmigo.

Ni yo mismo lo entiendo, porque olfato tampoco tengo en exceso. Y eso que se nos conoce como sabuesos. O como huele-braguetas que todavía es más peyorativo. ¿Tuve oposición paterna y materna? Sí. Toda. Bajo ningún concepto. ¿Qué quieres? ¿Que te maten?, me decía mi madre. ¿Qué quieres? ¿Morirte de hambre?, me decía mi padre. Me vaticinaban una muerte segura, pero eso no me amedrentó. Al contrario. Y tampoco fue por llevarles la contraria. La cuestión es que los padres siempre tiran la toalla cuando uno dice que se va de casa con dieciséis. Había terminado mis estudios y aprobado la selectividad con nota suficiente para lanzarme a por mi Título Superior Universitario de Detective Privado. Ahí queda eso. Una carrera desconocida y elegida por unos pocos locos e inconscientes aventureros, como así nos definió mi padre cuando le informé sobre el nombre oficial de “eso” que quería estudiar. Y lo hice. Y aprobé con matrícula los tres cursos en el Centro Español de Nuevas Profesiones, donde me dieron el título con membrete del Departamento de Criminología de la Universidad Camilo José Cela de Madrid. Título que, por cierto, a mi padre le resultó más sonoro y creíble que todo lo que yo le había ido contando desde que le pedí el dinero de la matrícula. El primer día de clase mi madre me dio un abrazo con beso de despedida y me dijo “cuídate mucho, hijo mío”, como si me fuese a la guerra, a pesar de irme a tan solo siete paradas de metro, del Barrio de La Concepción donde vivíamos hasta Islas Filipinas. Luego, con mi título universitario debajo del brazo y veintiún añitos, tardé otros tres en obtener mi permiso oficial, el famoso TIP (Tarjeta de Identificación Profesional) mientras saltaba de curso especializado en curso especializado: criminología, investigación financiera, crimen organizado, derecho matrimonial, en fin, cosas así. Y de eso hacía otros tres, o sea, me pilló con veintisiete años cuando la rubia de ojos verdes salió del 147 de La Castellana.

Salió deprisa, sin mirar a los lados. Como si presintiera que alguien la vigilaba pero sin querer saberlo. Guapa como ya dije. Ni baja ni alta. Bien de figura. De unos treinta y cinco, más o menos. ¡Qué mala edad los veintisiete para mirar mujeres de treinta y cinco! Y más si son de las características de aquella que caminaba como una

exhalación a pesar de los tacones que calzaba. Vestía traje de chaqueta azul petróleo, a lo ejecutiva, para no desentonar con el entorno y resaltar el brillo de su pelo sobre la espalda y los hombros. También llevaba un bolso de esos grandes, de los que sirven para llevar papeles, tipo portafolios. Rápida y disimuladamente recogí mis *gadgets* y me dispuse a seguirla con toda la discreción que me fuese posible. Se dirigió hacia Sor Ángela de la Cruz y el semáforo en rojo para los peatones la detuvo unos instantes que yo aproveché para atarme el cordón de mi zapato derecho, el mismo que siempre insiste en soltarse. En ese momento sí miró hacia ambos lados, pero no sabría decir si lo hizo para comprobar que no había moros en la costa o asegurarse de que los coches se detenían al ponerse ahora el semáforo ámbar para ellos. Pero no pasé por alto su nerviosismo. Se la notaba tensa, sobre todo por la forma de agarrar con la mano crispada el asa de su bolso-cartera. Cruzó la amplia calle. Crucé yo también, tras ella, aunque guardando una prudente distancia.